

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SUPLEMENTO AL NÚM. 678 DE A B C



SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS

AÑO II

MADRID, 13 DE ABRIL DE 1907

NUM. 12



EL ZAPATERITO

CUENTO ALEMÁN

En una pequeña villa, situada á una jornada de Berlín, vivía la viuda de un platero, con su hijo único. Ella le mantenía con el trabajo de sus manos; pues la muerte de su marido les había dejado en la más amarga pobre-



za. Dotada de una actividad incesante, bordaba y hacía calceta día y noche, sin concederse más que breves horas de reposo, pues apenas amanecía comenzaba de nuevo su tarea. Con su trabajo vivía muy humildemente en

una modesta guardilla, sin comprar más que una ó dos veces por semana media libra de carne para ella y su hijo. Con el dinero que ganaba hubiera podido tener más cómoda habitación y mejor comida; pero esta mujer, llena de bondad, abrigaba en el fondo de su corazón una gran esperanza, y por ella se entregaba á un trabajo continuo, imponiéndose las más duras privaciones.

El platero, dotado de buen talento para la pintura, nunca había tenido ocasión para perfeccionarse. Había tomado su oficio contra su voluntad, por lo que, á pesar de su actividad y su disposición, jamás halló gusto en la profesión á que estaba dedicado. Una serie de desgracias había consumido poco á poco su patrimonio y había muerto en una completa escasez.

Guillermo había heredado el talento de su padre; por eso su madre, con objeto de asegurarle un porvenir dichoso, se esforzaba en reunir por su trabajo una suma suficiente para proporcionarle la necesaria instrucción en el dibujo y en la pintura, y para atender más tarde á los gastos de su estancia en las ciudades extranjeras, donde habría de ir á perfeccionar sus estudios.

Tan pronto como llegó el niño á la edad de la razón le enseñó ella misma á leer, escribir y contar. Cuando el niño había trabajado bien, le premiaba enseñándole una cartera donde se conservaban los dibujos de su marido. ¡Qué placer para Guillermo! Una mirada á lo que contenía aquella cartera era para él preferible á todos los juegos de los demás muchachos. Algunas veces hasta le permitía copiarlos cuando eran sencillos y fáciles, y el muchacho se esmeraba en trazar con la mayor fidelidad sobre una hoja de papel las casas, los árboles y las figuras que veía y frecuentemente lograba, con gran satisfacción de su madre, representarlos con algún parecido.

Era Guillermo muy laborioso; á los ocho años leía perfectamente, escribía con buena ortografía y contaba con facilidad. Aquella excelente mujer pensaba, con secreta alegría, en el porvenir de su hijo; le veía partir á Italia, donde todos los artistas suelen ir á perfeccionarse, estudiando los modelos de los antiguos maestros, y le veía volver pintor distinguido y se complacía con la idea de que grandes personajes vendrían á solicitar sus magníficos retratos y que dotaría á las iglesias de grandes y sublimes cuadros.

Risueña era, sin duda, la perspectiva; pero el hombre propone y Dios dispone; la buena madre no alcanzaría esta dicha.

Dolencias físicas la acometieron; muchos meses combatió una tos que minaba sordamente su existencia, sin dejar de trabajar ni reclamar el auxilio de un médico. Cuando, al fin, reconoció, por desgracia, el peligro de su situación, derramó amargo llanto con la idea de la miseria que aguardaba á su pobre hijo cuando le faltaran sus cuidados y consejos. Pero era una buena y dulce mujer llena de confianza en Dios. «Señor, decía en sus oraciones, alejad de mí este cáliz de amargura, si es posible; si no, hágase tu voluntad y no la mía.»

En una hermosa y apacible tarde de estío, cogió á Guillermo de la mano y le condujo al cementerio para visitar la tumba de su padre. Una vez allí, sentándose con él sobre el verde suelo, le dijo:

—Dios va muy pronto á reunirme con tu padre; dentro de algunos días, de esta semana tal vez, reposaré yo á su lado y entonces, mi querido Guillermo, quedarás solo en el mundo.

—¡No, no, madre querida, no morirás!—gritaba sollozando en sus brazos;—y si debes morir, llévame contigo, que contigo quiero ir donde tú vas, que allí están mi padre y Dios.

La pobre madre se vió obligada entonces á consolar á su desgraciado hijo. Dios puso fortaleza en su corazón y palabras en sus labios, y habló tan bien, que los ojos del niño se iluminaron y la calma volvió á su espíritu.

Escuchaba Guillermo con suma atención y gran confianza las santas palabras de su madre y le parecía que todas se grababan en su alma tan indeleblemente como esculpidas en piedra.

Un pariente de su madre vivía en Berlín, donde ejercía el oficio de zapatero; era el único que tenía condiciones para encargarse de Guillermo cuando quedara huérfano. La madre, turbada por el dolor, le escribió rogándole aceptase la tutela de su hijo y le sirviese de padre cuando ella fuese á unirse con su difunto esposo.

Un panadero, vecino de la viuda, la prometió acompañar al niño á Berlín, hasta dejarle en casa del zapatero.

La pobre mujer sentía en el fondo del alma una plena confianza en Dios, y se tranquilizaba respecto de su hijo, haciendo cuanto estaba de su parte, en la medida de sus fuerzas, y encomendando al amparo de la Providencia lo demás.

Algunos días después de la visita al cementerio, se vió obligada, á su pesar, á permanecer en el lecho vencida por el mal, y no volvió á levantarse. Un sacerdote la administró el Santo Viático. Guillermo se arrodilló al pie de su cama en la hora solemne en que el último consuelo descendía al corazón de su madre, con tanta ternura amada. ¡Cuán poderosa fué la impresión que experimentó y que conservó toda su vida! ¡Cuánto agradeció al Señor con la efusión de su alma infantil los consuelos que enviaba por boca de su ministro á su madre moribunda!

El día del entierro de la madre de Guillermo, el panadero anunció al niño que iba á enviarle muy pronto á casa del zapatero de Berlín. Esta noticia

le llenó de sentimiento, pues hubiera deseado permanecer en su país natal. Así podría visitar la tumba de sus padres tan llorados. También allí vivía su amigo Julio, hijo del panadero, que era un muchacho de excelente corazón, que se desvivía por hacerle el más pequeño servicio. Julio iba al colegio, donde aprendía dibujo, y como conocía la afición de Guillermo por este arte, era todavía más estudioso para poder comunicarle después de la clase lo que él había aprendido. Se había ya fijado el día de la marcha, y la víspera fué Guillermo al cementerio á despedirse de la tumba de sus padres.

Aquel lugar parecía un jardinito lleno de flores. Su madre había tenido la costumbre de plantar una maceta en cada uno de los días para ella notables. Aquellas plantas habían sido cuidadas en su casa con esmero. Guillermo las había llevado á la tumba de sus padres.



Cuando el pobre huérfano fué por última vez á visitar el jardinito, se arrodilló, y con las manos cruzadas sobre el pecho, oró con fervor al Señor.

Después se levantó, y, yendo á sentarse en una tumba á alguna distancia, sacó de su bolsillo una hoja de papel y un lápiz y comenzó á dibujar el sitio donde reposaban los que tanto le habían amado. Cuando acabó, corrieron sus lágrimas una vez más y dió un beso á la hoja de papel.

(Continuará.)



LA JIRAFÁ

Es uno de los animales más singulares que se crían en el continente africano. Su largo cuello, que no puede doblarse; su cabeza alargada, que tiene dos cuernecillos de algunos centímetros, y la diferencia enorme entre la altura de su cuarto delantero y el posterior, la dan ese aspecto extraño. La altura de la jirafa desde el suelo hasta la parte más elevada de su cabeza, es de cerca de cinco á seis metros, y más de la mitad de esta altura corresponde al cuello.

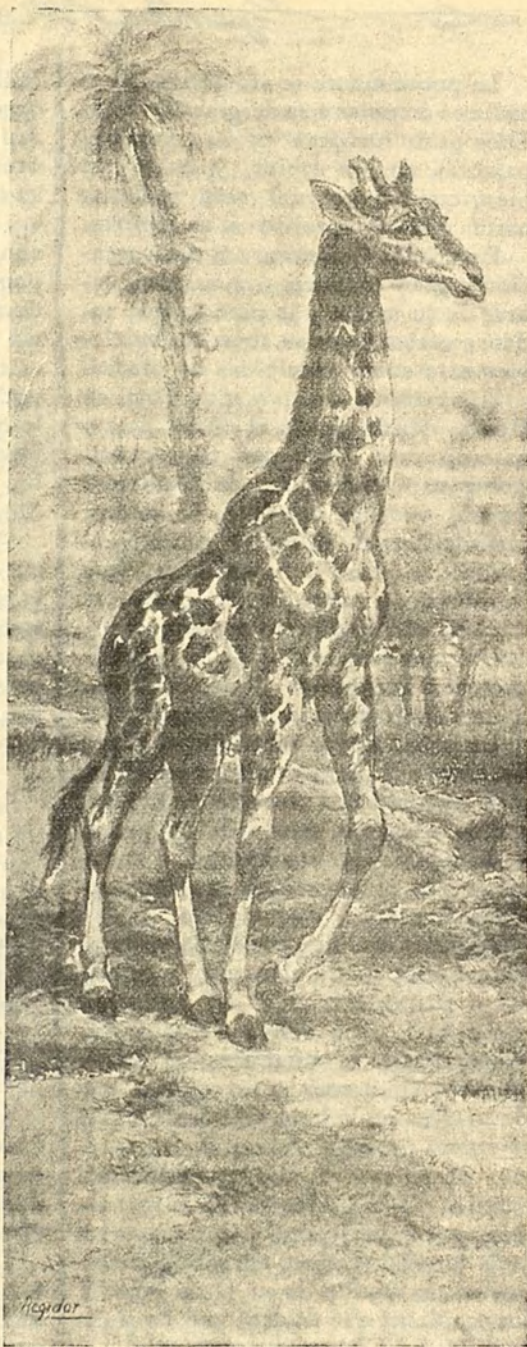
Su pelo es blanco por debajo y leonado claro en el resto de su cuerpo con manchas pardas.

La marcha de este animal es también muy curiosa, pues su paso es de andadura, moviendo á un tiempo las dos patas del mismo lado, en vez de alternar, como los otros animales cuando corren. Esta manera de andar no es muy á propósito para la carrera, por lo cual, la jirafa más que á su velocidad debe á lo largo de sus pasos el avance que logra en su marcha. Cuando quiere correr más que de ordinario, mueve el largo cuello al compás de su paso, y esto le da un aspecto sumamente raro.

Es un animal tímido y muy indefensivo: jamás usa los cuernos, y cuando se ve perseguido por los animales carnívoros, se defiende solamente con las patas. Se alimenta ordinariamente de hojas que coge con gran facilidad de la parte alta de los árboles, y las prefiere á las hierbas del suelo, porque para coger éstas no alcanza su largo cuello si no se arrodilla ó abre mucho sus manos.

Viven las jirafas en manadas por las llanuras de Africa, el Senegal, en el Nilo Blanco y en el Natal.

Eran antes muy abundantes; pero han llegado á escasear por la gran persecución de que han sido objeto. Su carne es bastante fina, y de su piel se obtiene un buen cuero. De las crines de su delgada cola hacen los negros las ligaduras con que sujetan los aros de hierro y de cobre que usan como brazaletes. Ni por su forma ni por el color de su piel es fácil distinguir los machos de las hembras, y únicamente existe la diferencia de tamaño, pues las hembras son bastante más pequeñas que los machos.



LOS QUEHACERES DE SARITA

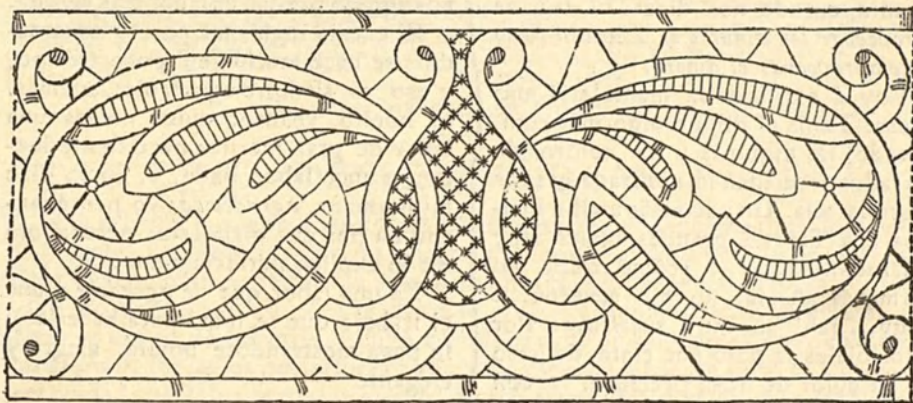
No les dije yo a ustedes la última vez, que no veía claro aquello de «*hazlo lo más pronto que puedas, pero sin prisa?*»

¡Ay! ¡No puedo más! Estoy cansadísima. Yo no sé las varas de crochet que hice, y las estrellas, maripos-

de bolillos, y encaje inglés y Riche-lieu!

Menos mal que, para éstos, no haré más que ayudarla á ella, que es quien hará la mayor parte.

Comenzamos por hacer encaje inglés para adornar algunas mantelerías



ENTREDÓS DE ENCAJE INGLÉS

sas y rositas sueltas: á esto se les llama *incrustaciones*, y se lo aviso á ustedes por si no lo saben.

Pues señor: mi hermana está contentísima y me dijo que ya tenía pensadas otras labores.

Antes de pasar adelante, debo declarar que se han portado muy bien conmigo, y que el coche para mis niños está ya en mi poder y es precioso; otro día hablaré de él detenidamente.

Como dije antes, mi hermanita me hizo trabajar de firme.

—¡Anda, date prisa, monina, que está muy reprecioso el crochet!

Con esto conseguía que yo trabajase con gusto; y quedaron muy bonitas las sábanas y almohadas que adornó con mi labor. Yo creí que se habrían terminado mis trabajos. ¡Sí, sí! Mi hermana me dijo:

—Esto es para ropa *de diario*, ¡ya verás cómo te luces haciendo encaje

¿Saben mis amiguitas hacer encaje inglés? Seguramente; es también muy fácil. El dibujo se compra hecho sobre tela, como, por ejemplo, éste que les enseño de muestra.

Siguiendo el dibujo, se va hilvanando una trencilla que venden á propósito, y luego, para que sirva de unión entre toda la trencilla, se hacen calados, cogiendo las orillas con un hilo que también se vende para el objeto. Después de haber hecho suelto el encaje suficiente para un mantel grande, doce servilletas y un camino de mesa, cada pieza á su medida y separadamente, sólo resta comprar tela, sobre la cual armarlas. Se adquiere *crêpe* ó *granité*; se corta convenientemente, y se coloca el encaje, cosiéndolo á la tela á punto de festón; después se recorta por el revés la tela sobrante.

Entre mi hermanita y yo hicimos



Gente Menuda

dos mantelerías en no mucho tiempo; una de ellas sólo como ya les he dicho. Otra fué más complicada. Pero no crean ustedes que demasiado trabajosa; ¡quía! Resultó lindísima, y después de verla hecha me parecía mentira que aquéllo lo hubiésemos hecho tan pronto y con tanta facilidad. Me voy convenciendo de que tiene razón mamita, cuando nos dice: *El arte de aprovechar los minutos es tan útil como el de aprovechar el dinero.*

Voy á explicar la mantelería más lujosa: Tenía el dibujo algo más complicado; las esquinas y los centros de los lados formaban una entrada grande sobre la tela. Un poco más arriba hicimos una fila de grandes ojales muy igualitos... muy... ¿cómo decía mi hermana? ¡Anda, no me acuerdo...! Muy... ¡ah! sí, muy *simétricos*. Por estos ojales se pasó una cinta de raso de un color de rosa precioso, y con

dicha cinta se hicieron lazos grandes en las cuatro esquinas.

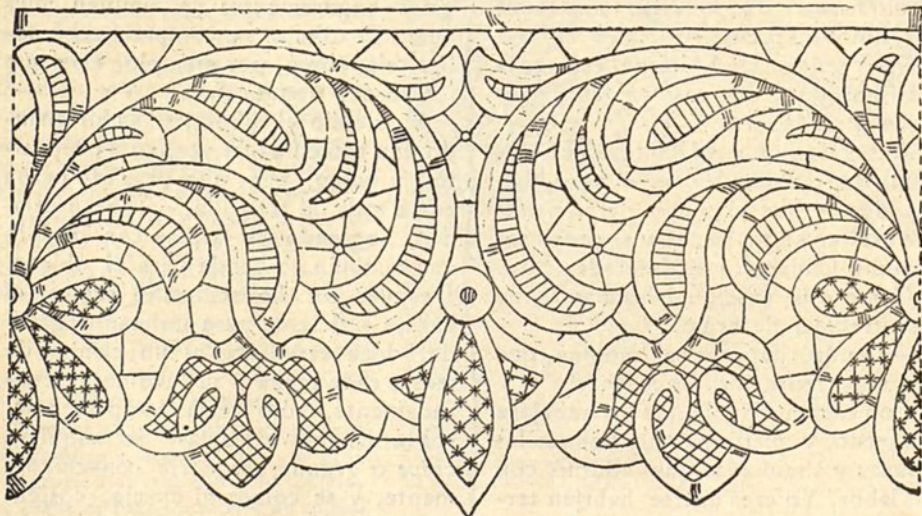
Veán ustedes el efecto de una servilleta:

Mi hermanita quedó tan satisfecha, que dijo que iba á hacer otras mantelerías iguales; pero en esas no la ayudaré yo, porque voy á comenzar una puntilla de bolillos. Esto lo haré con menos agrado porque es labor más pesada.

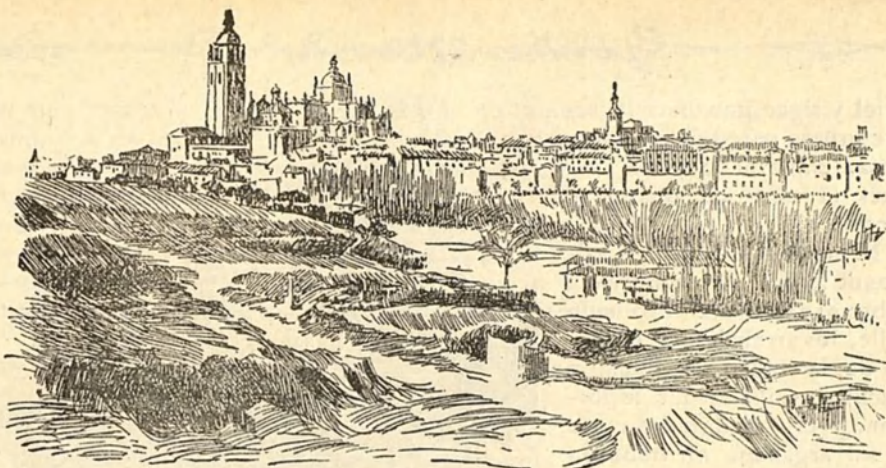
El encaje inglés me parece encantador; se hace mucho en poco tiempo, y eso es siempre agradable; además, es bonito, vistoso; quizá no sea una labor de gran mérito; pero desde luego, es una labor linda, y, como dice mi hermana, *agradecida*; yo pensé mucho en por qué diría esto, pero ahora me lo explico perfectamente.

Es una labor que *le agradece* á una el trabajo que se tomó para hacerla, y lo paga mostrándose bonita, alegre y elegante

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO



CENEFA DE ENCAJE INGLÉS



VISTA GENERAL DE SEGOVIA

LAS CIUDADES ESPAÑOLAS. SEGOVIA

La primera mención histórica de esta famosa ciudad española data de 98 años antes de Jesucristo, en las guerras celtíberas, citándose su heroica resistencia contra la ambiciosa conquista romana. Fué Segovia arrasada en tiempo del cónsul Tito Didio Nepote, y aparece nuevamente repoblada en la época de Sertorio, á cuyo caudillo ayudó en su guerra de independencia. Durante los siglos posteriores no se halla especial mención en la Historia, de esta ciudad; pero los vestigios que de dichos tiempos quedaron, dan idea de la importancia que sin duda tuvo.

Sus monumentos, que aun hoy son la admiración del que visita á Segovia, acreditan aquella importancia que en los tiempos de la dominación romana consiguiera, y las monedas que aún se conservan justifican el privilegio de su acuñación que los romanos la otorgaron.

Mansión militar del itinerario romano de Mérida á Zaragoza, fué luego, durante la dominación agarena, cabeza de un dilatado gobierno musulmán, y sufrió los azares consiguientes á su situación fronteriza durante las guerras de Reconquista de los monarcas cristianos, hasta que en tiempo de Alfonso VI consiguió una era de paz, en la cual fueron restaurados sus monumentos, repoblada en gran parte y organizado su Concejo.

La paz lograda en su territorio, no la sustrajo de tomar activa parte en la Reconquista española, porque los segovianos formaron sus famosos tercios que acompañaban á los reyes cristianos en sus heroicas empresas para rescatar del agareno yugo la perdida España.

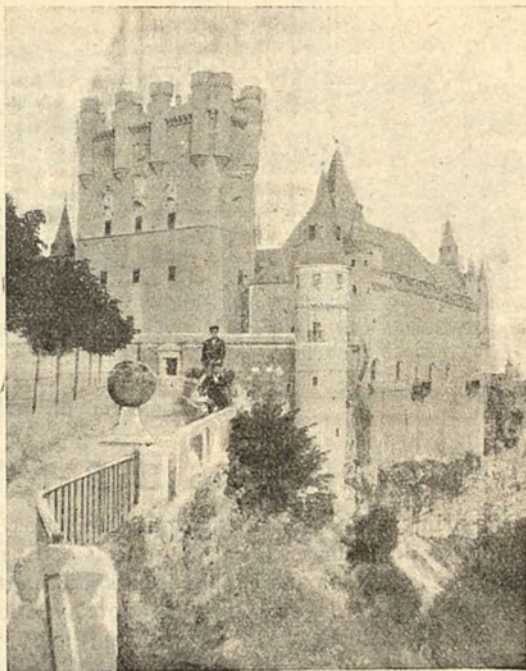
Residencia de los reyes cristianos frecuentemente, en ella terminó el rey don Alfonso el Sabio sus célebres Tablas Astronómicas.

El más antiguo de sus monumentos es el famosísimo acueducto, el más grande de cuantos recuerdos artísticos conserva España de la época romana. De la solidez de su magnífica construcción dan testimonio los siglos que viene prestando el servicio para que fué levantada esta grandiosa fábrica. Las aguas que conduce tómalas del arroyo Ríofrío, en la sierra de Fuenfría, á 17 kilómetros de la población, y vienen por una acequia descubierta hásta el caserón donde empieza otra con paredes muy fuertes; en una primera caseta se limpia de las arenas, tiene sedimento en una segunda á la altura del convento de San Ga-

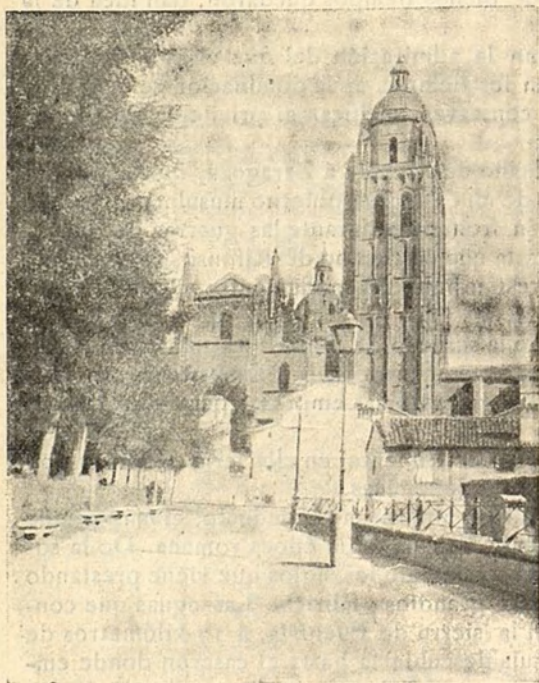
riel y sigue por un canal sobre gruesa pared de mampostería, empezando poco después la obra de pilares y arcos.

El acueducto tiene 818 metros de longitud, que atraviesa sobre 119 arcos el profundo valle, los arrabales y una parte de la ciudad alta. Son de granito los sillares que le forman, y están enlazados entre sí sin argamasa ni trabazón alguna.

Se cree que la construcción es de la época de Augusto, y que fué restablecido el acueducto en la de Trajano, como lo indican los huecos donde se encontraban los caracteres de bronce de la antigua inscripción. Treinta y cinco arcos, destruidos en 1071 por



EL ALCÁZAR



LA CATEDRAL

los moros, fueron reconstruídos en el primitivo estilo por Juan Escovedo en 1483, en tiempo de los Reyes Católicos. En un nicho, en lo alto, se encuentra una imagen de la Virgen, y en el otro lado, la de San Sebastián.

El alcázar es el de mayor magnificencia de toda Castilla. Ocupa el saliente ángulo la gallarda torre del Homenaje, coronada por sus pintorescos cubos, y tiene á la espalda la majestuosa torre de D. Juan II.

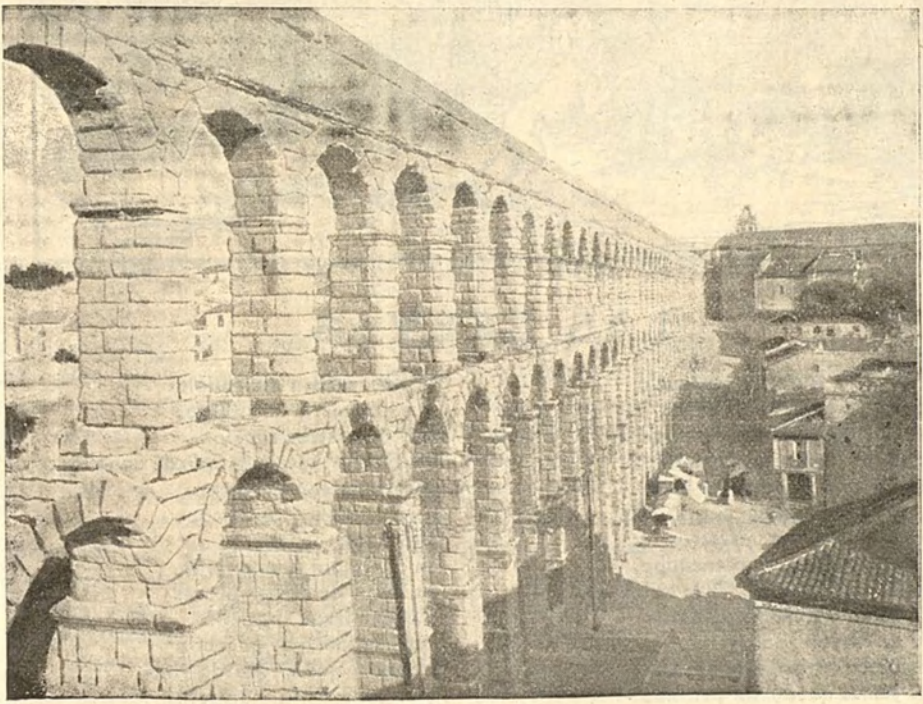
Un incendio destruyó en el año 1862 todo el interior del alcázar. Fué construído por Alfonso VI, quien á la vuelta de Toledo, quiso oponer al alcázar musulmán otro que sirviese de fortaleza á los cristianos. Notables eran sus estancias: la llamada de la *Galería*, la del *Trono*, la de las



Genbe Meruda

Piñas, que tomaba su nombre de los remates colgantes de los ricos casetones de su techo, y la de los *Reyes*, que coronaba la colección completa de 52 estatuas de los reyes de Oviedo, León y Castilla, desde Pelayo hasta la reina doña Juana, con más las efigies del conde Fernán González y del Cid.

La catedral actual ha reemplazado á otro antiguo templo que se hallaba construído al abrigo del alcázar, en la explanada de Levante, y que fué donada al efecto por Alfonso VII. La nueva se empezó á construir en 1525. Sus principales arquitectos fueron Juan Gil de Hontañón, creador de la catedral



EL ACUEDUCTO

nueva de Salamanca, que sirvió á ésta de modelo, y su hijo Rodrigo. Es una Basílica gótica cuya nave central, de 13,40 metros de anchura, está flanqueada por nueve naves laterales de 9,80 metros de anchura, con dos órdenes de capillas; mide en total 105 metros de largo por 48 de ancho. El crucero es de la misma amplitud que la nave central; sobre el crucero se eleva la cúpula ó cimborrio, de 67 metros de alta, y al Este, detrás de la capilla mayor, el edificio se termina por los ábsides de sus capillas poligonales, que se concluyeron en 1583. La torre tiene 105 metros de elevación, y es igual desde la base hasta el balcón de piedra trepado que la sirve de coronación, y queda más alto que la cúpula y los elevados botareles.

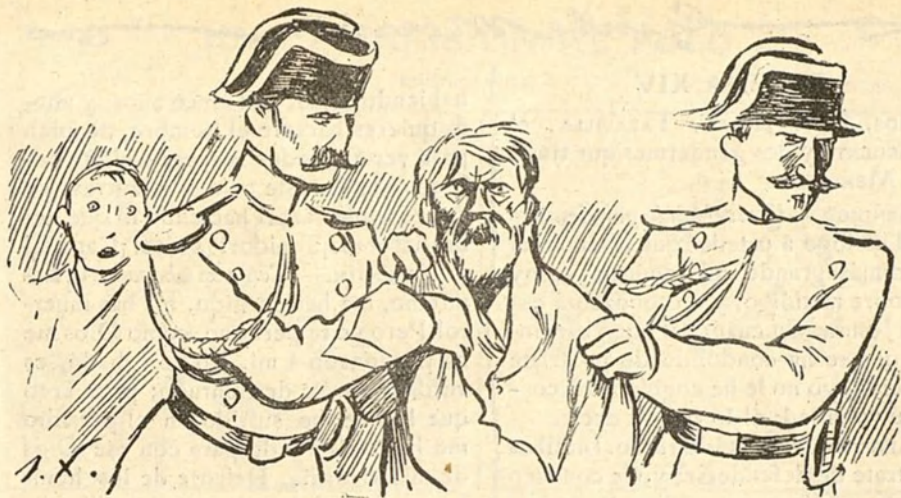
En el interior el pavimento es de mármoles blancos, rojos y pardos, y sus gallardas bóvedas de las naves laterales se entrelazan con elegante crucería, sostenidas por pilares de delgadas columnas y de planta circular.



LAS BREVAS

Era Rufo un rapazuelo
 que odiaba tanto los libros
 que no sabía una letra
 á los once años cumplidos.
 La escuela era para Rufo
 más temida que el presidio,
 y huía de los maestros
 como del mismo enemigo.
 Viviendo, pues, en la holganza,
 todos los malos instintos
 se fueron apoderando
 de su corazón de niño.
 Jamás quedó sin pedrada
 perro que él hubiera visto,
 ni vida lograron pájaros
 que sorprendiera en el nido.
 Siempre andaba á mojicones,
 con todos los demás chicos,
 y por sus barbaridades
 jamás tenía un amigo.
 Siempre solo, acostumbraba
 á robar á los vecinos,
 la fruta de sus jardines
 siempre con igual cinismo,
 pues si el dueño ó algún guarda
 le sorprendían, más listo
 que una flecha, se escapaba
 dando carreras y brincos.
 Más de cuatro que sus hurtos
 ya le habían reprendido,

le amenazaban diciéndole
 que alcanzaría un castigo,
 y él contestaba riendo:
 —¡Ca! no hay quien pueda conmigo;
 corriendo soy una liebre,
 y saltando soy un mico.
 Una tarde penetró
 en un jardín el muy pillo,
 en busca de ciertas brevas
 que excitaron su apetito.
 Iba á trepar por el árbol
 á tiempo que el guarda vino,
 y al ver á Rufo, con rabia
 le dijo: —Al fin has caído.
 —Eso lo veremos, viejo,
 dijo el pícaro del chico,
 pues vamos á ver si tienes
 unos pies como los míos.
 Dió á correr, llegó á la tapia,
 hizo en las piedras estribo,
 llegó á lo alto, y riendo,
 gritó al guarda: —¡Ya lo has visto!
 Se descolgó, y á sus pies
 sonó un terrible gruñido,
 y vió que el perro del guarda
 le anunciaba el gran mordisco.
 Entre el guarda y aquel perro
 no pudo huir del peligro,
 y las pagó todas juntas,
 y llevó su merecido.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

EL FORZADO O A TODO PECADO MISERICORDIA

CONTINUACIÓN

SEÑOR CURA.—Ni usted tiene derecho para preguntarme, ni yo obligación para responderle.

TARAVILLA.—Es necesario que repita usted ahora toda la conversación que ha tenido con su compañero de cadena.

VALENTÍN.—(*Muy alterado.*) Lo que es necesario es que inmediatamente salga usted de aquí y me deje en paz.

TARAVILLA.—Sí, señor, que me iré, y no volveré á poner los pies en esta casa. ¡Un verdugo! ¡Bonita sociedad! (*Vase muy furioso.*)

ESCENA XIII

MANUEL, VALENTÍN y el SEÑOR CURA

MANUEL.—Señor Valentín, usted siempre ha sido muy bueno para mí, dándome saludables consejos; así que le quiero á usted mucho, y puede estar tranquilo que nunca le descubriré.

VALENTÍN.—(*Inquieto.*) ¿Cómo puedes tú descubrirme, amigo mío?

MANUEL.—Pues diciendo lo que le he oído á su amigo el Ermitaño, que le ha llamado á usted Tristán y su compañero de cadena. He visto

cómo le ha quitado el dinero, no que se lo haya dado, sin que usted se opusiera. Lo que siento es haber dicho algo delante de gente, porque pudiera perjudicarle. Parece que no le agrada esto, y si no mire usted cómo el señor Taravilla... (*Valentín palidece y se apoya contra la mesa.*)

SEÑOR CURA.—¡Valor, amigo mío, y no desmayar! Y tú, Manuel, eres un buen muchacho, y haces muy bien en ser agradecido y no querer hacer daño á quien te ha hecho bien. Puedes estar seguro que Valentín merece que se le quiera; yo le conozco á fondo, y sé que es digno de la estimación y la confianza de todos.

MANUEL.—No sabe usted, señor Cura, cuánto me alegro de que así hable del señor Valentín; yo se lo repetiré igualmente á los demás, y no volveré á hablar más de aquel hombre.

SEÑOR CURA.—No, hijo mío, no hables de eso; pues hay personas que pueden interpretarlo mal, como ha hecho el señor Taravilla; y eso sería muy desagradable para nuestro pobre Valentín. (*Se oyen gritos y ruido por la calle.*)

ESCENA XIV

Dichos, DOÑA JESUSA, TARAVILLA, el SARGENTO y dos gendarmes que traen al MENDIGO.

MENDIGO.—(*Forcejeando por desasirse.*) Les digo á ustedes que están en el error más grande del mundo; yo soy un pobre mendigo, y no conozco á esa doña Jesusa. En cuanto al buen carpintero que se ha condolido de mi triste situación, yo no le he cogido nada contra su voluntad; él lo puede decir.

SARGENTO.—Basta de ruido. Inútil es que trate de defenderse; yo le conozco y basta. ¿Cómo se explica la procedencia de ese dinero que lleva encima?

MENDIGO.—Muy fácilmente. Ese carpintero me lo ha dado. ¿No es verdad, buen hombre?

VALENTÍN.—(*Con voz temblorosa.*) ¡Es verdad!

SARGENTO.—¿Cuánto le dió usted, señor Valentín?

VALENTÍN.—Ciento treinta pesetas.

MENDIGO.—¿Ven ustedes?

SARGENTO.—¿Y cómo es que tiene mucho más en el bolsillo?

DOÑA JESUSA.—¡Clavol, lo que me ha quitado á mí.

MENDIGO.—Esa señora se equivoca. Yo no la conozco ni la he visto en mi vida.

SARGENTO.—Usted ha entrado en su casa.

MENDIGO.—No la conozco, lo juro.

SARGENTO.—Además, el señor Valentín ha declarado que cuando salió usted de aquí le vió entrar en su casa.

MENDIGO.—(*Dirigiéndose á Valentín.*) ¡Cómo! ¿Tú has dicho eso?, ¿tú has podido decir semejante cosa?

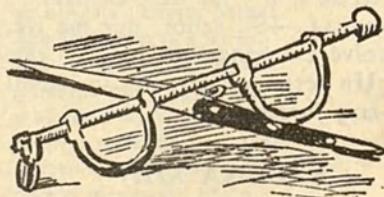
VALENTÍN.—Yo he dicho la verdad. Tú también debías haberla dicho.

MENDIGO.—¡Ah! Tú amas la verdad ¿eh? ¿Y vendes á un amigo por decir la verdad? Pues bien, yo también la amo y voy á decirla: tú eres un miserable, un ladrón, un presidiario; has sido mi compañero de cadena en Brest,

habiendo estado allí cinco años, y ahora quieres hacerte el hombre de bien para ver si puedes saquear á algún pobre tonto de este país, y mientras, yo estaré en la cárcel haciendo lo que debes hacer tú. ¡Traidor! ¡Falso! ¡Canalla!

VALENTÍN.—(*Con voz ahogada.*) ¡Ermitaño, me has perdido, me has muerto! Pero yo te perdono, como Dios me ha perdonado á mí. Yo he robado, es verdad; me he deshonrado; pero creo que lo que he sufrido en el presidio me ha rehabilitado para con ese Dios de misericordia. Delante de los hombres me tendrán por un miserable, un maldito. Sólo el santo ministro del Señor, el consolador de los desgraciados, ha sabido inclinar mi corazón al bien, arrancando de él todas las malas ideas que pudiese abrigar. Yo te he dado el dinero que me pediste, por si con él podías remediarte en algo; es el dinero de un hombre de bien, honradamente ganado.

(*El SEÑOR CURA estrecha entre sus brazos á VALENTÍN. MANUEL se arroja á su cuello sollozando. VALENTÍN, enterrecido los abraza. DOÑA JESUSA se enjuga*

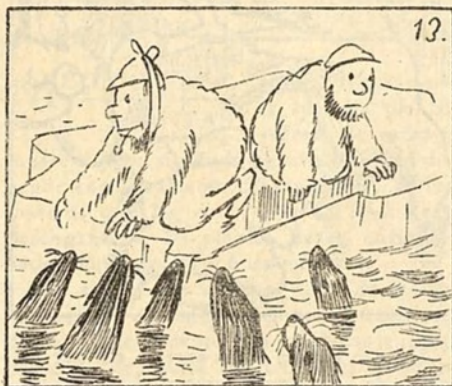


las lágrimas. El SARGENTO y los gendarmes le estrechan las manos. El MENDIGO entretanto hace caer al suelo á uno de los gendarmes, enganchándole la pierna con la cayada; descarga sobre el otro un fuerte golpe y echa á correr. El SARGENTO le agarra por el cuello y lucha con él, pero saca el MENDIGO un cuchillo y lo levanta sobre el SARGENTO. VALENTÍN, que ve este movimiento, se lanza delante de él y recibe el golpe y cae al suelo. El SARGENTO coge al MENDIGO y lo sujeta. Los gendarmes le atan y se le llevan.)

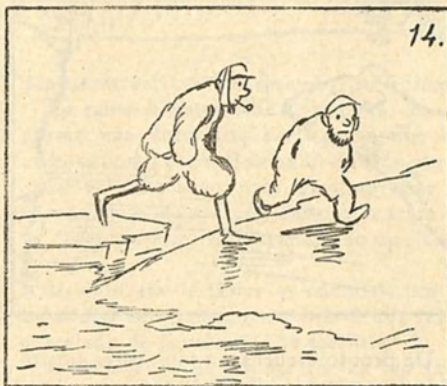


UNA EXCURSION AL POLO

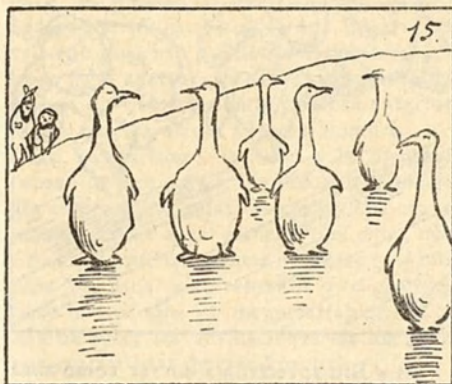
CONTINUACION



Acudieron varias focas, que empujaron el enorme témpano en que se sostenían.



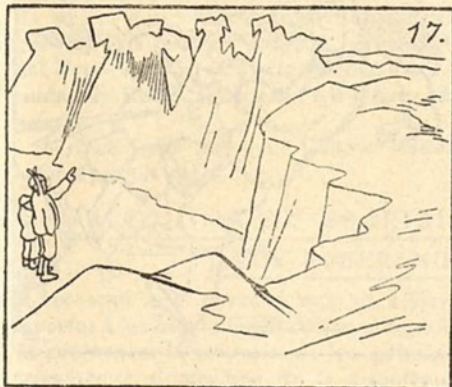
Flotando... flotando, se acercó tanto a tierra firme, que Tit y Bip saltaron á ella.



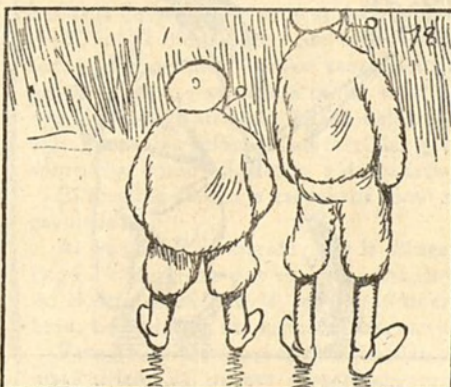
No tardaron en divisar una bandada de pingüinos posados sobre el hielo.



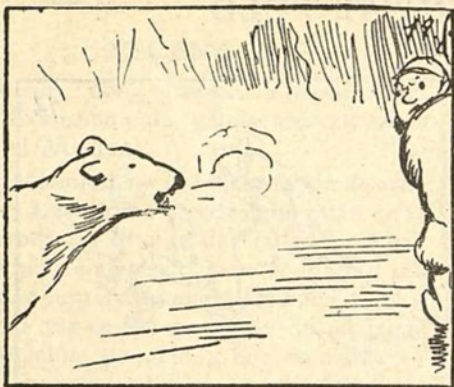
Los expedicionarios se aprovecharon del hielo que cubría la tierra para huir patinando.



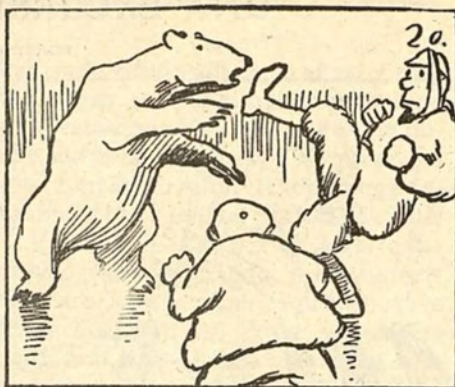
Pero en medio de su carrera se encontraron con una barrera infranqueable.



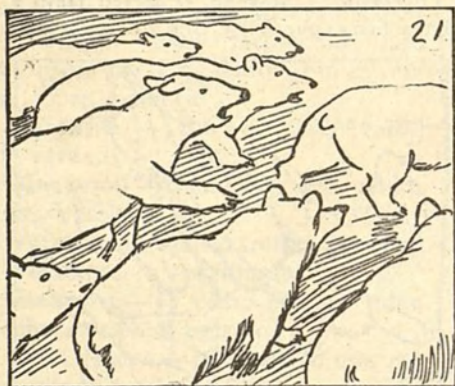
¿Qué hacer? Tit y Bip diéronse á pensar un medio de salvar aquella helada mole.



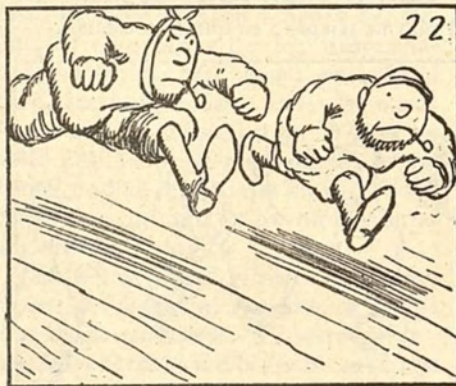
De pronto escucharon muy cerca un rugido feroz que los llenó de espanto.



Un oso blanco se les acercó, del que trataron de defenderse como podían.



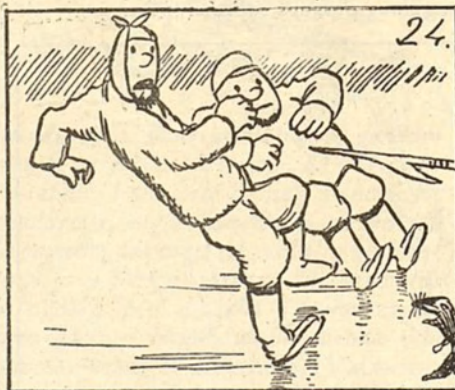
Pero tras de aquel oso apareció una manada de la misma familia.



Tit y Bip apretaron á correr como alma que lleva el diablo.

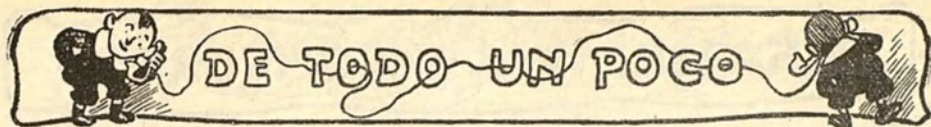


Un lapón vió venir aquella pareja á una velocidad realmente maravillosa.



Una lanza al pecho detuvo en seco á entrambos veloces corredores.

Continuará.



MÉDICO PARA PLANTAS Sabéis seguramente que las plantas sufren, se secan y mueren; pero sin duda pensáis que esto depende exclusivamente de la sequía, de los insectos que las devoran ó del frío. Pero desengañaros, las plantas tienen enfermedades muy parecidas á las nuestras.

Por esto es por lo que se acaba de fundar en Nueva York un hospital para las plantas, donde no solamente son cuidadas cuando por cualquier causa decaen, sino donde se estudian atentamente las enfermedades que padecen.

Quince médicos especialistas—médicos para las plantas, ó sea botánicos—están agregados al establecimiento. Según una relación que han publicado tres meses después de la apertura de este curioso hospital, parece ser que las plantas padecen enfermedades muy parecidas á las del hombre.

El reumatismo, la tisis y la dispepsia causan decaimiento y producen su muerte. Es evidente que estas enfermedades no se manifiestan de igual manera que entre nosotros, porque las plantas no poseen los mismos órganos respiratorios y digestivos; pero la analogía es incontrastable... si se han de creer las afirmaciones de los médicos especialistas de este hospital.

EMBAJADOR INGENIOSO El príncipe de Talleyrand, de quien tantas frases se conocen, decía un día al escultor Canova, quien encargado de ir á reclamar á París, en nombre del Papa, las obras de arte arrebatadas á la ciudad de Roma, se llamaba á sí mismo embajador:

—¡Embajador monsieur Canova! Embajador queréis decir.

LA MÁQUINA DE ESCRIBIR Y LOS SOBERANOS

He aquí una novedad que va á dejar muertos á los coleccionadores de autógrafos de soberanos: la mayoría de los príncipes reinantes se sirven hoy de la máquina de escribir, y su uso tiende á generalizarse en todas las cortes.

El rey de Grecia escribe á máquina to-

das sus cartas; las firma, sin embargo, á pluma.

La reina Alejandra de Inglaterra es asimismo una entusiasta del apiano que escribe», como decía Edmundo de Goncourt.

El rey Eduardo hace dactilografiar su correo, y muchas veces, cuando se trata de un amigo íntimo, se entretiene en escribirlo él mismo.

La princesa de Gales es conocida por su habilidad en hacer correr sus dedos sobre el teclado de la máquina de escribir.

Ultimamente ha sabido que en un concurso abierto en Boston entre 104 concurrentes, el vencedor, que es una muchacha muy joven, había batido el *record* del mundo de la rapidez en la escritura mecánica, escribiendo 2 509 palabras en media hora, ó sea á más de 70 al minuto. Parece ser que la princesa de Gales se está entrenando para hacer otro tanto.

El emperador Guillermo es también un ferviente partidario de la escritura á máquina.

LA MUSICA Y LAS BESTIAS Los periódicos norteamericanos cuentan un hecho, que si es verdad, viene en apoyo de la vieja leyenda de que la música domestica las fieras.

Mme. John Underwood, mujer de un opulento neoyorquino, viajaba por las montañas Negras, en el Estado de South-Dakofa.

Habiéndose extraviado, cuando la noche había caído, se vió detenida por un león de una talla colosal. Casi muerta de terror, recordó haber oído decir que las bestias feroces habían sido muchas veces domadas por la música, y se puso á cantar uno, dos, tres, hasta diez aires de ópera delante del león, que había colocado sus terribles garras sobre ella como dispuesto á despedazarla.

El terrible animal la escuchaba como maravillado.

Al amanecer, el marido, que la buscaba, llegó á ella guiado por su voz, y arrojando el peligro de herirla, descargó su carabina. La situación no podía ser más terrible.

Pero M. Underwool apuntó tan bien, que mató al león del primer disparo sin tocar á su mujer, á quien cuando la fueron á buscar encontraron desvanecida por el terror.



